

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La mascarada de Navidad

Era la víspera de Navidad. Hacía tres meses que el alcalde había ordenado que se colgaran panfletos por toda la ciudad con un llamamiento a todos los niños de la ciudad para que acudieran a su mascarada navideña. El alcalde había prometido reembolsar los gastos a todos los niños pobres cuyos padres no pudieran pagar la fiesta.

Los panfletos llevaban apenas una semana en el aire cuando se abrió una nueva tienda en la ciudad. Pronto quedó claro que se trataba de un comerciante profesional. Sus trajes eran divinos. El hombre era pequeño y tenía las mejillas rojas como las rosas. Llevaba una peluca blanca con largos rizos y un traje de terciopelo rojo. Se sentaba en un gran taburete detrás de su mostrador y atendía él mismo a sus clientes. No tenía ninguna ayuda.

Los niños no tardaron en descubrir todas las cosas bonitas que tenía y lo bien hechos que estaban sus trajes en comparación con otras tiendas. Los clientes entraban y salían de su tienda, desde la hija del alcalde hasta los niños del orfanato. Lo que llamaba la atención era que muchos niños ricos elegían disfraces que tenían que ver con una vida sencilla, como un disfraz de pastor de gansos o de granjero. Los niños pobres aprovecharon

su oportunidad para ser una princesa o un hada durante un par de horas. La víspera de Navidad, la casa del alcalde se llenó de niños disfrazados. Era sorprendente lo real que parecía todo. Las pequeñas hadas con faldas de seda y finas alas parecían realmente criaturas mágicas. Y ya no se podía imaginar que en realidad fuera la hija de una criada o el hijo de una lavandera.



La hija del alcalde había elegido el disfraz de pastora de gansos. Era difícil reconocerla. Normalmente era una joven delgada y elegante, alta para su edad. Ahora parecía un poco desaliñada, como si estuviera acostumbrada a pastorear gansos con cualquier tiempo. Y así era con todos los niños. Las Caperucitas Rojas miraban a su alrededor con ojos grandes y temerosos, recelosos del lobo feroz. Las princesas mantenían la cabeza alta y hacían creer a los demás, sin esfuerzo, que eran realmente princesas. Los niños se divertían como nunca. El alcalde observaba con satisfacción desde la mesa del comedor. Junto a él estaba su hermosa hija mayor, Violetta. Llevaba un vestido blanco y un sombrero de violetas azules.

Tras la cena, todos se fueron a casa satisfechos. Pero poco después ocurrió algo extraño. Cuando los orgullosos padres intentaron desabrochar la ropa de sus hijos, no pudieron hacerlo. Los botones volvieron a abrocharse

rápido. Esto preocupó a los padres, pero los niños estaban tan cansados que se metieron en la cama con sus disfraces. Los padres pensaron que tal vez tendrían más suerte por la mañana.

Pero a la mañana siguiente, hacia las doce del mediodía, una gran ola de pánico se apoderó de la ciudad. Nadie fue capaz de quitarse los disfraces. Y eso no era lo peor: cada uno de los niños parecía haber asumido la personalidad de sus disfraces. La hija del alcalde insistió en pastorear sus gansos en el prado. La princesa exigía que la llevaran a sus castillos. Caperucita Roja lloraba porque quería llevar su cesta con galletas a su abuela. Los padres estaban alborotados. Se reunieron en la tienda del nuevo tendero, porque todos pensaban que él era el responsable de lo que estaba pasando. La tienda estaba cerrada y el tendero había desaparecido con todas sus pertenencias.

El alcalde reunió rápidamente a su consejo para una reunión de emergencia. Propusieron ser aconsejados por la Mujer Sabia. Así se llamaba la anciana que vivía sola con su gato negro en una pequeña cabaña a las afueras de la ciudad. Era muy anciana y había criado una gran cantidad de niños. Por eso la consideraban muy sabia. Así que los hombres del consejo fueron a visitarla. Pero la mujer se había vuelto sorda y no entendía ni oía lo que el hombre del consejo quería de ella. La única que tenía una voz fuerte era la cantante soprano del coro de la iglesia. Los hombres llamaron a la cantante y la llevaron ante la mujer sabia. La cantante cantó toda la historia cerca de su oído y ella entendió cada palabra.

Id a casa y dad a los niños una cucharada de aceite de ricino", fue el consejo de la mujer sabia. Los concejales recorrieron la ciudad para dar a cada niño una cucharada de aceite de ricino. Pero no sirvió de nada. Los niños protestaban enérgicamente cuando se les obligaba a beber el asqueroso aceite. Y justo después los deshollinadores lloraban por sus escobas, la pastora de gansos por sus gansos y las princesas por sus castillos.

El alcalde y el consejo estaban muy indignados y fueron con el cantor a la casa de la mujer sabia. '¡Eres un fraude!', dijo uno de ellos, 'y por eso te pedimos encarecidamente que abandones tu casa y la ciudad'. El gato negro empezó a sisear. La anciana hizo un hechizo y, en lugar de un gato, ciento veinticinco gatos quedaron varados y siseando. El alcalde y el consejo se marcharon rápidamente. No podían luchar contra tantos gatos. Llegó el invierno y la situación en la ciudad empeoró. Se consultó a los médicos e incluso se llamó a la policía. Pero nadie pudo ayudar a los niños. Violetta, la hija mayor del alcalde, pensó de repente en el hombre de las cerezas. Vivía lejos de la ciudad, pero ella sabía que era muy inteligente. Cuidaba de los cerezos y llevaba las cerezas a la ciudad para venderlas. No sólo le pareció inteligente, sino también guapo y encantador. ¿Quizás él podría ayudarla? Un día fue a visitarlo y le contó toda la historia.

"¿Cómo es el tendero?", preguntó. Violetta le pareció la chica más guapa del mundo. Violetta describió al

tendero. "¡Ya sé dónde está! Dijo el hombre de las cerezas. 'Vive en uno de mis cerezos y no quiere bajar'. Violetta corrió hacia su padre. El alcalde convocó al consejo y se fueron juntos al cerezo. Cuando llegaron, vieron al tendero sentado en una de las ramas más altas del árbol. Por más que lo intentaron no pudieron bajar al hombre. Incluso intentaron cortar el árbol, pero no pudieron.

El comerciante estaba sentado en el árbol comiendo cerezas. Hasta que se levantó y empezó a hablar: 'Voy a liberar tu ciudad y los trajes pueden ser retirados. Pero con dos condiciones'. El alcalde dijo: 'Bien, oigámoslo'. El comerciante continuó: 'Esta fiesta que hicisteis para ricos y pobres fue una buena idea. Pero creo que sólo se celebrará una o dos veces más.



Probablemente tus sucesores no continuarán la tradición. Por eso quiero que haya una ley que garantice que todos los niños pobres reciban una media en Navidad llena de bonitos regalos'. El alcalde prometió poner en marcha la ley. ¿Y cuál es su

segunda condición?", preguntó. La segunda condición", dijo el comerciante, "es que este buen hombre de las cerezas se case con su hija mayor, Violetta. Se ha portado bien conmigo. Me ha dejado vivir en su cerezo y me ha dejado comer las cerezas. Quiero recompensarle

por ello". Al principio el alcalde no estaba de acuerdo, pero su deseo de que su hija menor volviera a ser la de antes era mayor. En casa todos los niños fueron liberados de sus disfraces. La ley fue aprobada y se cumplió cada Navidad.

Violetta y el hombre de las cerezas querían casarse. Todos los niños acudieron a la boda y lanzaron flores. El tendero había desaparecido misteriosamente del cerezo la noche anterior. Pero al pie del árbol había dejado hermosos regalos de boda: cubiertos de plata y vajilla de porcelana con cerezas pintadas a mano.